



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13462

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pías.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia, a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MIÉRCOLES 3 DE OCTUBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. Corresponsales en París: Mr. A. Lorette, 61, rue Cadartur; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

LA MARINA DE ALEMANIA

A cada instante se pone por modelo en todo el mundo el engrandecimiento marítimo, tan rápido y tan prodigioso de Alemania, y es de justicia reconocer que es el resultado de una tenacidad sin ejemplo, una obra personal del emperador Guillermo.

Nadie desconoce la indiferencia, mejor dicho, la prevención primero, la hostilidad después con que se recibieron en un principio los grandes proyectos marítimos del Kaiser.

Los alemanes no hacían caso de la marina; para ellos todo el pasado, todo el presente y todo el porvenir se encontraba en las glorias militares terrestres; y sin embargo, si hubiesen seguido por ese camino no habrían llegado al apogeo en que se encuentran.

Con singular perspicacia el emperador comprendió que necesitaba Alemania desenvolverse exteriormente, y salir de su aislamiento para entrar con firme en el concierto internacional. Le necesitaba algo más que el Ejército, é inmediatamente puso toda su actividad para crear y robustecer la Marina.

En esa obra gigantesca, cuyo feliz resultado asombra, el emperador se vio así solo, tuvo que sacrificar á Bismarck que era una gloria nacional y el dolo del pueblo; dejando como olvidado en la sombra la gigantesca figura militar de Moltke.

Guillermo II, con su mirada de genio, comprendió que su imperio, para el engrandecimiento de Alemania, y en la Marina, su seguridad, su fuerza y su riqueza futura, y consagró todos sus esfuerzos á variar radicalmente la orientación de su pueblo, apartándole, por decirlo así, de la tierra firme y empujándole vigorosamente hacia el mar.

Entonces, á regañadientes, si vale la frase, consintió el Reichstag en facilitar la ley naval de 1898 en que el emperador fundaba tantas esperanzas; y para que saliera fue preciso que el Kaiser interviniese personalmente en la lucha política.

Los tirantes se pusieron las relaciones entre el parlamento y el Emperador por el empeño de éste en obtener la ley naval, que tuvo necesidad el Kaiser de amenazar con la disolución del Reichstag y proparar á los cuatro vientos que crearía la Marina necesaria al engrandecimiento exterior de Alemania. El Reichstag, y á pesar del Reichstag, del propio modo que su abuelo el Emperador Guillermo I, ayudado de Bismarck y de Moltke había creado cuarenta años antes el ejército, llamado á ser el instrumento entonces indispensable de la regeneración nacional.

En un país como Alemania era peligroso forzar hasta ese extremo los resortes del régimen parlamentario, y el Emperador, cuyas ambiciones marítimas estaban muy lejos de verse satisfechas con la ley naval, decidió influir directamente sobre la opinión pública y educar al país con el amor á la Marina.

En un país como Alemania era peligroso forzar hasta ese extremo los resortes del régimen parlamentario, y el Emperador, cuyas ambiciones marítimas estaban muy lejos de verse satisfechas con la ley naval, decidió influir directamente sobre la opinión pública y educar al país con el amor á la Marina.

Desde la primera reunión de esa nueva entidad, el Emperador mismo encareció su importancia, y desde entonces generó de satisfacciones en la patriótica

labor que iba á emprender, y para que no hubiese duda de sus propios entusiasmos, declaró que su mayor satisfacción era poner al frente de ese movimiento á su hermano el Príncipe Enrique de Prusia, contralmirante de la Escuadra.

El efecto fué magnífico; la semilla prendió y en esa obra de educación marítima empezaron á colaborar todos, el gran duque de Baden, ya lisonjeado por el Emperador por el apoyo decidido que había prestado á la ley naval; el príncipe de Wied, presidente del Landtag y uno de los miembros más influyentes de la aristocracia alemana, Mendelssohn, el más poderoso banquero de Alemania, Alfredo Krupp, el representante de mayor relieve de la industria alemana y amigo personal de Guillermo II.

Ante esos ejemplos, la aristocracia, los altos funcionarios civiles y militares se ofrecieron para coadyuvar á tan magna obra y el amor propio popular, hábilmente excitado, precipitó el movimiento.

En ninguna nación más que en Alemania, la nobleza, el Ejército, la administración constituyeron castas exclusivas privilegiadas, aisladas é inabordable para el resto de los mortales; y sin embargo, todos con el noble deseo de contribuir al desarrollo y fomento de la marina imperial se esforzaron en secundar los deseos del Emperador trabajando con ahínco para popularizar esa obra verdaderamente gigantesca.

De ese modo se cumplió la idea marítima, la pasión naval se generalizó, se cultivó, se hizo popular. Los resultados ya se están viendo. Alemania figura hoy á la cabeza de las grandes potencias marítimas y la Gran Bretaña, que ejerce aún la supremacía naval, ha tenido para conservarla que unirse á Francia, su rival eterna.

De los recuerdos DE UN DIPLOMÁTICO FRANCÉS

Conservando el anónimo, acaba de publicar un diplomático francés interesantes detalles de varias Cortes europeas de fines del año sesenta. Ocupaba por aquel entonces un puesto en la embajada de Viena, donde el duque de Gramont representaba á Francia, y desplegó un fausto que recordaba la brillante Corte de las Tullerías. Poco después de su llegada fué presentado el joven agregado al Emperador Francisco José, quien le pareció ser hombre de un físico extraordinariamente atractivo, al par que sumamente amable. El joven habló al Emperador de las diversiones de París, haciendo constar que el embajador de Austria y su señora formaban el núcleo más brillante de la vida cortesana.

A ello contestó el Monarca: «Vivir en París es igual á estar siempre de fiesta. Aquí en Viena no encontrará V. eso. La única visita interesante que pueda V. hacer es ir á ver la Catedral de San Estebán y el panteón de mi familia».

De Viena fué trasladado el diplomático á San Petersburgo y de allí á Berlín, donde debía entregar al embajador francés en aquella corte órdenes secretas de su gobierno. Allí vió por primera vez á Benedetti, que este era el embajador, y celebró su presencia aristocrática, su mirada, que revelaba altísima inteligencia, cualidades que hacían olvidar lo exiguo de su figura. Menos simpático le pareció Bismarck, á quien le presentó Benedetti á fin de que le confirmase la mala impresión que en París había causado el giro que iba tomando la política prusiana

LA DILIGENCIA

APUNTE

Ya en el capé me siento ¡ríu «Jardinera!» ya voy para Benaque ¡tira «Serrana!» ya mi madre me aguarda ¡tota, «Torera!» ya resbalan los ruedos ¡eh, «Sevillana!» De nuevo al ver la tierra que fué mi cuna, te encuentro, diligencia, siempre rodando, y á tus tiros aladas, por mi fortuna, águilas, no corceles, vante arrastrando. La extensión que recorres es mi delicia: el mar azul á un lado y al otro el monte, y al fondo los paisajes con que acaricia los ojos la hermosura del horizonte. Ya el circo de los toros quédate á un lado y el puerto con sus buques, jarcias y velas, y entre el «Eliseo Campo» y el mar rizado cual romana cuadriga tronando vuelas. Ya las cañas del «Palo» me dan su fronda. ¡el «Palo», lindo pueblo de pescadores, donde al romper el copo la frágil onda se rie y se divierte de los pintores! Los robustos marengos el torso inclinan liando á las maromas las recias trallas, y gritan de entusiasmo si se avecinan plélicas de peces las amplias mallas. ¡Tira y galopa rauda, tira «Morena!» ¡Da los brazos al aire, riá «Primorosa!» que el «Puente del Indio» surge á la escena.

con su historia de muertes, triste y medroso.

Ya otra vez aparece la mar radiante llena de sus misterios y sus hechizos; Ulises se dijera ya en la flotante nave que al viento tiende velas y rizos.

«La Cala» deliciosa nos sale al paso mientras la mar guarnea la costa bella. ¡La mar, como una alfombra de inquieto raso que tiembla, se hace bucles, canta y se estrella!

Lejos, allá de «Mijas» se ven los montes, y en el aire una lluvia de luz brillante llena de transparentes horizontes, por donde vaga absorba la vista errante.

Luego el «Rincón» se muestra puesto en dos filas luciendo en cal bañados sus paredones, y ante sus pies las ondas ruedan tranquilas con susurros de risas y de canciones.

Y después, avanzando por la llanura que aún el alma me llena con sus memorias, un tropel á mis ojos pasa y fulgora de casetas, nopales, huerfías y norias.

«Benalqabón» extiende su seco río; bajo al parar los brutos galopadores, y asciendo por un monte largo y sombrío que conduce á la aldea de mis amores.

La diligencia luego sigue ligera, y aún á lo lejos oigo ¡Tira «Serrana!» échala al aire los remos, ¡eh, «Jardinera!» acelera esos cascos, ¡ríu, «Sevillana!»

Salvador Rueda.

en la cuestión de Luxemburgo. Ahí hoy, tras cuarenta años, ha quedado vivo en el diplomático francés el recuerdo de la desilusión que le causó la vista de Bismarck, en el que vió, en lugar de un diplomático, un soldado de poblado bigote y cara malhumorada, quien, en vez de un diplomático, se dio cuenta de las reclamaciones francesas, encontrando que en París se llegaba á ser demasiado quisquilloso; sin embargo, prometió presentar las quejas á su Rey.

Estando en Londres el diplomático francés, estalló la guerra franco-alemana, que cogió de sorpresa á la Corte y al gobierno. La Reina estaba del lado de Prusia. Si bien sentía cierta predilección por Napoleón III, á quien llamaba un «good fellow», no le era muy simpática la emperatriz Eugenia. Tal vez hubo en ello un poquito de celos! De todos modos, influyeron grandemente en el ánimo de la Reina su próximo parentesco con la Casa Real de Prusia, así como la diferencia confesional. El príncipe de Gales se mantuvo á la expectativa, pero su es-

posa tomó abiertamente partido por Francia, y, asimismo, simpatizaron con ésta el ejército y la marina inglesa. El duque de Cambridge en particular no se cansaba en predicar la victoria de los franceses.

En Londres asistió al diplomático á la recepción de Thiers, quien, como es sabido, emprendió en invierno de 1870-71 un viaje á todas las Cortes europeas, á fin de inclinarlas á favor de Francia. «Jamás, escribe, olvidaré la llegada de Thiers á la estación de Charing Cross.

Como una temporada glacial, tirando de frío, fueron los miembros de la embajada, á las cinco de la mañana á la estación en espera del famoso anciano. (Thiers tenía á la sazón 73 años.) Al parar el tren nos precipitábamos hacia él, quedando sorprendidos, asustados del decaimiento físico y moral que se reflejaba en todo su ser. Nos dijo que por milagro había escapado de un choque de trenes entre Tours y Blois, y mientras hablaba su esposa y su cuñada Mile. Dosne, le envolvían en pieles y mantas para resguardarle del intenso frío».

Sabido es que los empeños de Thiers en Londres no se vieron coronados de éxito; sin embargo, contribuyeron á crear una atmósfera favorable á Francia, tanto en la corte como entre el pueblo. Esto se conoció claramente cuando Napoleón llegó á Londres después de salir del castillo de Wilhelmshöhe, donde había quedado prisionero después de la rendición de Sedan. En la estación le esperaba la Emperatriz, la que, al observar el rostro abatido de su esposo, corrió hacia él y le abrazó dolorosamente conmovida. Esta escena despertó de tal modo las simpatías de la muchedumbre que la entrada de los soberanos destronados en Londres llegó á ser en realidad una entrada triunfal.

CONTRA EL DUELO

Se nos dice que la Liga Antiduelista va á realizar dentro de poco un acto de verdadera importancia que demostrará el arraigo que sus ideas tienen en España.

360

MARIA

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 357

de un cachimbo se detuvo Salomé y dijo á su hermano:

—Si irán las vacas á ensuciar el agua? Seguro, porque á esta hora están en el bebedero, de arriba. No hay más remedio que ir en una carrera á espartarlas: corre, mi vida, y ves que no se vayan á comer el soco que se me quedó olvidado en la horqueta del chiminango. Pero cuidado con ir á romper los traastes ó á botar algo. Ya estás allí.

Fermín no se dejó repetir la orden: bien es verdad que se lo había dado de la manera más dulce y comprometedora.

—¡Ya vino!—me preguntó Salomé acortando el paso y mirando hacia las ramas con mal fingida distracción.

Se puso luego á veras los pies cual si contara sus lentos pasos; y yo interrumpí el silencio que guardábamos, diciéndola:

—A ver, qué es lo que hay y con qué te tienen mollida.

—Pues ahí verá que me da no sé qué contarle.

—¿Por qué?

—Si es que se me hace hoy como muy triste y... ahora tan serio.

—Es que te parece. Simpático, porque después de lo que me ha pasado. Yo también tengo algunos bucos que contarle.

—¿Ya quién sabes? —Pero dí á ver, ¿No estás persuadida de que te lo haré de mil amores?

—Si te dijera que no, sería una mentirosa, porque desde que tomé tanto empeño para que ese señor inglés viniera á verme cuando me dió el tehardillo, y muchísimo interés porque yo me alantara, me convencí de que si me tenía cariño.

—Me alegro de que lo oopozes.

—Pues es que lo que yo te contaría es tan tímido, que así de pronto no se puede, y esto un milagro es que ya no esté mi mamá aquí, ¿Se cuche que ahí viene.

—No faltará ocasión.

—¿Y ahora? ¿y no me conformo con que se vaya hoy sin decirlo todo?

—Co que, ¡va á bañarse, como dices, dijo entrando Candelaria.—Entonces voy á traerle una sábana bien olorosa y orita mismo se va con Salomé y su ahijado; antes ellos traen un vaso de agua y ésta lava unos coladores, que con el viaje del mudo por los plátanos y lo que ha habido que habido que hacer para usted y para mandar á la parroquia, no la quedado sino la de la traza.

—Al fin la propuesta de la buena mujer! me acordé de que ella había entrado de nuevo con sus amas, marido y familia, como si nada hubiera pasado.

—¿Y ahora? ¿y no me conformo con que se vaya hoy sin decirlo todo?